

# Indigno

Elkin Restrepo

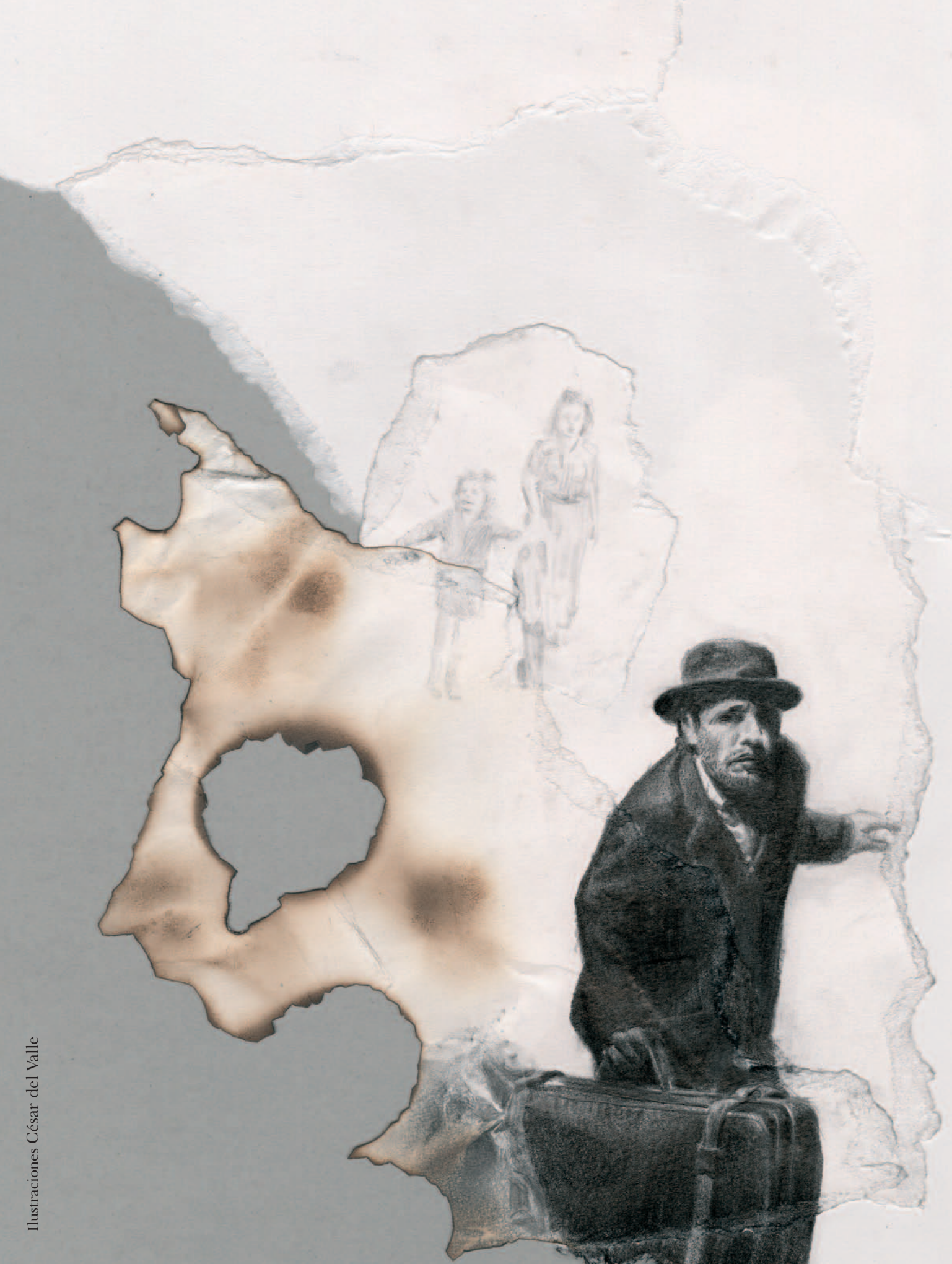
No era buena la vida de Isaac K; a decir verdad, nunca lo fue. Cuando la guerra, logró escapar de Polonia, pero su familia (mujer y tres hijos) no tuvo igual suerte y murió en el naufragio del barco que los trasladaba de Lisboa a América. Isaac tardó semanas en saberlo y en descubrir que, después de lo que había hecho para salvarlos, todo había sido inútil, y ahora comenzaba a pagarlo. La noticia lo alcanzó a medio camino en el Atlántico, cuando planeaba reunirse con ellos en Santa Marta, y ya no le importó a qué lugar llegaba. Solo y pobre, en un país del cual desconocía hasta el nombre, lloró la pérdida de su familia y poco le importó que un día supieran quién era él y por qué había terminado allí.

Al principio, apenas si se movió del hotel donde, por unos pocos pesos, le ofrecían comida y tranquilidad, y donde apuró hasta la última gota el trago amargo de su pena. Cuando mejoró, pidió a la dueña un mapa y, luego de estudiarlo, eligió una ciudad del interior; cualquier tarde subió al tren y durante tres días atravesó una geografía variada y virgen, que en poco le recordaba la de su país natal.

Era el año de 1944 y, pronto, Isaac K cumpliría 40 años.

La ciudad a donde llegó era pequeña y los extranjeros se contaban en los dedos de la mano. También allí las noticias de la guerra abundaban y hacían triste la vida, pero todo acontecía lejos y a otros, y el horror y la miseria apenas inquietaban la idílica existencia local. A Isaac esa lejanía le ayudó a sobrevivir y, pronto, sirviéndose de la hospitalidad lugareña, se hizo un destino. Dejó de ser aquel judío polaco cuya familia había muerto en el mar y por la que para salvarla de la muerte, inútilmente, había cometido la más grande ignominia humana.

La fortuna le sonrió gracias al negocio de telas, y de modesto inquilino del hotel Versailles, pasó a ser dueño de un almacén en el centro y de una mansión en el barrio Prado. Fotos de la época lo muestran como un hombre elegante, de elevada estatura, cuyo aire tímido parecía vaciar sus rasgos de toda notoriedad. Con el tiempo se casó de nuevo y tuvo dos





hijos y, como no podía hablar de su pasado, se inventó uno. Contaba a quien quería oírlo, que había nacido en Amsterdam y que había huído de allí antes de que Hitler invadiera los Países Bajos. El español lo había aprendido en La Habana, primera escala en un itinerario que debería llevarlo hasta Buenos Aires y que nunca se cumplió. Una casualidad lo había traído a Colombia y otra más —los negocios y la familia— la convirtió en su nueva patria. No se explayaba en más noticias y evitaba hablar de la guerra. Pero fueron los reatos de conciencia los que, más tarde, corrigieron el relato mentiroso y pusieron a flote una realidad más secreta.

Cualquier día, Isaac habló de Polonia y del ghetto de Varsovia y no volvió a mencionar a Amsterdam. En la intimidad familiar redondeó aún más la historia: la de un profesor de bachillerato, lector impenitente de un escritor checo llamado Franz Kafka, cuyos libros hablaban por lo común de la insustancialidad de la vida humana; habló también del número que en los campos de concentración llevaban marcado los judíos en la muñeca. Para comprobarlo, se arremangó la camisa y mostró el suyo escrito con tinta indeleble.

Por aquellos días, poco o nada sobrevivía de su judaísmo. ¿Cómo creer en un Dios, se preguntaba, que no había salvado a su pueblo en la hora oscura? ¿Cuál justicia divina era aquella que castigaba al inocente y premiaba al asesino? ¿Qué pensar, además, de una divinidad que ayudaba al nazi e igualaba con trágica ironía a las víctimas y al verdugo? Su fe sin Dios lo obligaba, sin embargo, a buscar caminos de salvación y a no eludir el pago de culpas y pecados.

Cuando años más tarde, otros judíos sin patria llegaron a la ciudad y se habló de construir una sinagoga. Isaac sacó de su bolsillo una cantidad significativa. Aquellos eran judíos desconocidos, venidos de muchas partes de Europa, que encontraron en Isaac a un amigo y un hermano generoso. Poco sabían de él, pues su nombre era otro más entre aquellos que formaban la comunidad naciente. Pero era en aquel trato con los suyos donde a Isaac la zozobra lo invadía, ya que allí, entre la miseria y desgracia de sus hermanos, no podía ocultar su verdadero rostro. Aunque la angustia lo cercaba y en algún momento pensó en irse a vivir a otro lado, supo que era inútil, porque nadie puede escapar a sí mismo.

No huyó, entonces, ni se mostró distinto a quien aparentaba ser: un judío benefactor de sus hermanos en desgracia, que llevaba una vida corriente, parca en noticias, y que prefería el hogar a la diversión y leía a Kafka en la comodidad de su estudio.

A comienzos de los sesenta, Adolf Eichmann fue descubierto en la Argentina y llevado en secreto a Israel. Para Isaac, como para todos, era apenas lógico que el genocida nazi fuera enjuiciado y castigado por un tribunal judío. Durante años Eichmann había logrado ocultarse y esca-

par, pero la inteligencia israelí, moviéndose entre pistas difusas e informaciones contradictorias que lo daban por muerto u oculto en distintas partes, dio al fin con él cerca de Buenos Aires, sacándolo clandestinamente del país y entregándolo a las autoridades en Tel Aviv.

Durante semanas Isaac estuvo atento a los incidentes del juicio. Fue un alivio ver al asesino preso en una celda y, después, colgado de una soga. Con el tiempo, el resto de criminales nazis, culpables del holocausto, irían cayendo uno a uno. Allí en su corazón, Isaac confiaba en que la justicia, al señalar quiénes eran los verdaderos culpables, se olvidaría de él. Con todo, su alma se oscurecía aún más. Infeliz, pedía perdón al Dios en el que no creía y, como el personaje de su querido Kafka, erraba sin esperanza por instancias y tribunales fantasmales que, luego, se volvían horribles e infinitos. Sentía, pues, que habitaba el infierno y que no había misericordia para él.

En el 74 murió su esposa Magdalena, con la cual había cumplido el mandato bíblico de crecer y multiplicarse. Luego sus hijos se casaron y se dispersaron por el mundo. Pese a la edad, Isaac seguía atendiendo los negocios con esmero. De su bolsa, como siempre, seguía sirviéndose la caridad local.

Un día, ya viejo, tuvo un sueño que él, deseoso de una señal divina (las humanas proliferaban y le eran convenientes), interpretó como el comienzo del fin de sus penas. Soñó que había viajado a Jerusalén y que, mientras oraba en el Muro de las Lamentaciones, un ángel en forma de árbol lleno de espinas se colocaba a su lado y le pisaba un pie. Isaac, irritado, intentaba zafarse, pero era mayor la presión que el ángel hacía. En esta lucha pasaron mucho tiempo. Vino el invierno y el ángel se volvió de escarcha y, después, en la primavera, la más hermosa y cálida que recordaba, se cubrió de hojas y flores abundantes. Isaac podía recostar en él su figura, que ahora no era la suya, sino la de un beduino que leía las estrellas. Entonces despertó empapado en lágrimas de gratitud, sintiendo





además que al fin podía aspirar a un alivio y a un reposo. A su alma, oscura y suplicante, la tocaba ahora un hilo de luz, preparándola, cómo dudarla, para un gesto de redención. ¿No era éste, acaso, el mensaje que le daba el ángel cubierto de espinas, que luego se transformaba en el más hermoso árbol de primavera?

A partir de entonces, Isaac se dejó de aprensiones, multiplicó sus manos caritativas y volvió a creer en Jehová, su Dios, que entraba de nuevo en casa, pese a sus pecados. Renovó sus visitas a la sinagoga y reestableció los vínculos con la comunidad, menguados por el tiempo y el escepticismo.

Un día sucedió algo que lo dejó perplejo. Camino al almacén se encontró con su amigo Samuel, quien, al pasar, escupió el suelo y lo miró con odio. Quiso pedirle una explicación, pero aquél no le dio oportunidad. El sábado, al visitar la sinagoga, todos los que estaban allí presentes suspendieron la oración y salieron como si hubiera llegado un apestado y no un hermano. El mensaje era directo y brutal. Los hechos se repitieron una y otra vez. Aunque tarde, Isaac comprendió.

Al fin, después de tantos años, sucedía lo que más temía, y de nuevo se sintió sucio y avergonzado. Todos conocían ahora su pecado y lo querían lejos de su existencia, eso podía leerlo en sus ojos. Que terminara su vida entre impíos y gentiles, aborrecido y escarnecido por los suyos, era el mínimo castigo que le daban. “Como un perro”, se dijo, cuando supo que para tal condena no había apelación alguna. Y apenas era natural que así fuera.

Isaac siguió yendo a la sinagoga a la espera de un perdón que no se daba. Que pudiera orar allí, sin nadie, en el templo vacío, parecía un gesto de clemencia por parte de la comunidad, pero se equivocaba. Nadie, ni Dios mismo, podía borrar sus culpas. Había pecado contra su pueblo, contra su misma carne, y no existía misericordia suficiente para perdonarlo. Él era una criatura con una naturaleza que hacía infeliz la vida entera.

Una noche tocaron a su puerta. Dos desconocidos, que se identificaron como miembros del Mossad, el servicio secreto israelí, le pidieron que los acompañara. Isaac, comprendiendo lo que sucedía, pidió sólo unos minutos para cambiarse y subió a la alcoba. En algún momento, los agentes se precipitaron escaleras arriba. Al entrar, lo descubrieron colgado de una viga. ■

*Elkin Resprepo* (Colombia)